



Voy a argumentar que educar las apetencias de los hijos e hijas es liberarlos de las fauces de un monstruo dañino: el consumismo

Por casualidad, con pena, presencié un ejemplo paradigmático de niño consumista. En una tienda adosada a una gasolinera, entró un chico de ocho o nueve años y, abriendo mucho los ojos, dijo: “¡Mamá, cómprame algo!”. No quería nada concreto: necesitaba consumir, poseer, comprar.

Voy a argumentar que educar las apetencias de los hijos e hijas es liberarlos de las fauces de un monstruo dañino: el consumismo. También, que cada vez que oigamos a un pequeño decir “no me apetece” se nos debe encender una alarma educativa, porque no hay alternativa: o se forman en serio -desde que son pequeños- para controlar sus apetencias o serán incapaces de aplazar una satisfacción, incompetentes para encarar con serenidad una frustración en la vida, por minúscula que ésta sea. El resultado, personalidades caprichosas: seres humanos que sufrirán mucho en la vida -y que harán padecer otro tanto a los demás-.

En primer lugar, hay que comprender mejor la necesidad de proteger a los menores contra el consumismo. Escribe **José Antonio Marina** que “miles de psicólogos, psiquiatras, sociólogos, pedagogos, publicistas, economistas trabajan tenazmente para responder a una pregunta: ¿cómo

despertar el deseo de comprar?”. Porque nos abruma tanto la oferta publicitaria que podemos todos -mayores y pequeños- vivir en un mundo ficticio, en eso que **Aldous Huxley** ya en 1958 llamaba “la persuasión por asociación” y describía con esta crudeza: “Así, en una campaña de venta, la belleza femenina puede relacionarse arbitrariamente con cualquier cosa, desde un *bulldozer* hasta un diurético”. ¿Alguien lo duda en 2017?

Además, tal vez convenga diferenciar entre necesidad, deseo, capricho y apetencia, como hace Marina en su libro [Las arquitecturas del deseo](#), donde explica que si algo nos apetece, eso mismo significa que no es una necesidad ni tampoco algo que deseamos desde lo profundo de nuestro ser. Y que, precisamente, el consumismo necesita de la proliferación, mediante la publicidad, de deseos “urgentes, imperiosos y efímeros”, y esta es la definición del capricho. Y, en último lugar, de apetencias, “el grado cero del deseo”.

Por último, seguimos a Marina en su realista exposición de las consecuencias de dejar satisfacer a los niños consentidos en sus apetencias y caprichos, y su depresión postcompra: “La excitación aumenta hasta pasar por caja, y se desvanece tan rápido como había aparecido (...). Solo engendra frustración, porque siempre habrá alguien o algo que apetecer. Ese es precisamente el ardid del consumismo”. Asimismo, resulta muy atinada la metáfora que emplea el filósofo y pedagogo español para describir este engaño: “Hacer submarinismo emocional en un charquito”.

Educar las apetencias es una tarea urgente para los hijos, puesto que viven en un mundo lleno de seducciones publicitarias que les pueden fascinar y convertir en personas con una fuerte inmadurez de carácter. Para ello, debemos ir nosotros por delante con el ejemplo, y usar de las cosas con moderación y con cierto desprendimiento. Muchas veces será importante que los juegos, especialmente los electrónicos, tengan un horario para empezar y terminar.

De igual forma, se procurará que jueguen en familia y que, mientras son otros los que los usan, sepan esperar su turno. Hay familias que no permiten que un hijo sea el dueño y propietario de un juego: todos los regalos son, también, de los demás hermanos para evitar niños posesivos. Otras, les hacen elegir un regalo, entre los recibidos en Navidad, para entregar a los niños más pobres.

Las apetencias se educan dando criterio a los hijos y aclarándoles desde muy jóvenes el daño que les puede producir el consumismo y la absurda tiranía de las marcas. Por cierto, hay que explicarlo con frecuencia. Además, detestando la vanidad, evitando presumir de algo porque cueste mucho dinero y enseñando que vestir bien es un modo de

Educar las apetencias... o personalidades caprichosas

Publicado: Viernes, 13 Enero 2017 01:05

Escrito por Iván López Casanova

servir a los demás; fomentando la solidaridad con quien no tiene tanto y siendo ejemplares. O sea, liberándolos de una esclavitud poco visible, pero muy real: el consumismo.

Iván López Casanova

Cirujano General. Máster en Educación Familiar y en Bioética

Escritor: [Pensadoras del siglo XX](#) y [El sillón de Pensar](#)

Fuente: forofamilia.org.